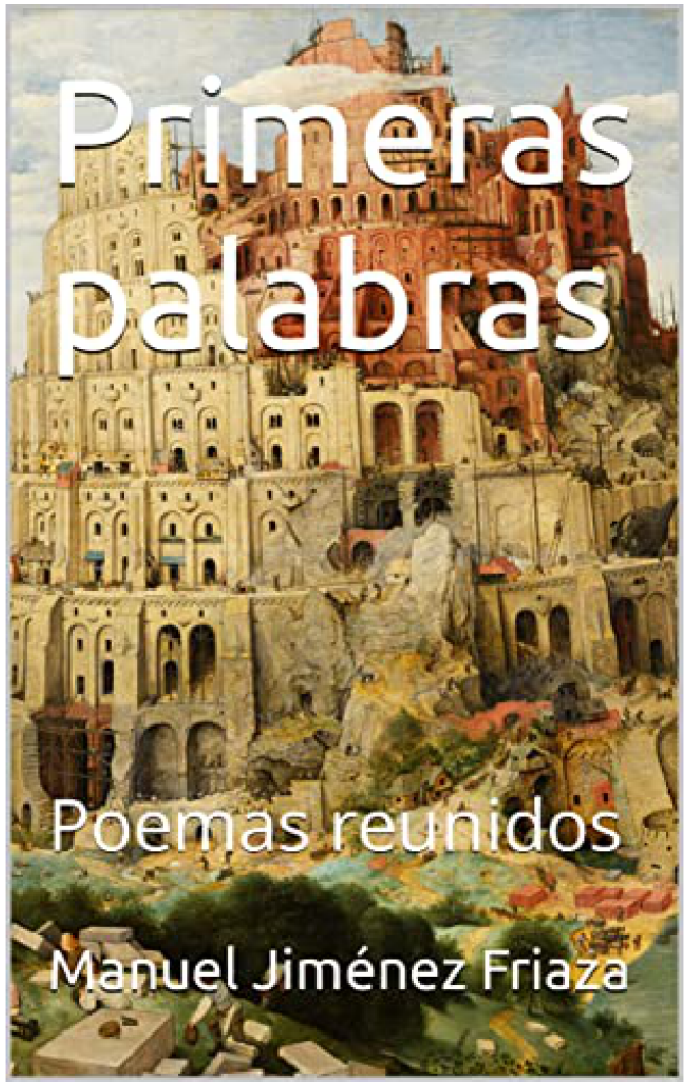

Primeras palabras

Poemas reunidos

Manuel Jiménez Friaza

Sobre el autor

Manuel Jiménez Friaza, nace en Osuna, la villa ducal del sureste de la provincia de Sevilla, junto a cuatro hermanos más, en 1956, más o menos el mismo año en que vinieron al mundo Ángela Molina o Miguel Bosé, a quienes asegura no perder de vista. Aprendió a mirar y pensar el mundo en el seno de una familia obrera. En ella aprendió todo lo necesario para vivir: que la dignidad es un atributo irrenunciable de la condición humana; la diferencia entre las cosas importantes y las que no lo son; la humildad y el humor, hermanos del pobre que se transforman, sin embargo, en entereza y altivez frente al poderoso. Y aprendió, por fin, los valores morales que conforman la atmósfera intelectual de eso

que podemos llamar, genéricamente, el espíritu de la Ilustración. Todo lo demás, es decir, lo accesorio, lo aprendió de los libros, de las charlas con los amigos y de los aprietos en que nos va poniendo la vida. Vivió a caballo entre Osuna y Sevilla hasta el año de la Exposición en que emigró, con su pequeña familia, a las tierras altas de la Sierra de Aracena, donde reside hasta hoy mismo. Allí, convenientemente alejado de cualquier tipo de estímulo oficial o empresarial, pero con el calor de unos pocos y valiosos amigos, ha sacado a escrutinio público en 2007 el poemario "Hada. hurí, esfinge" que quiso -pero ya no pudo- editar un elogioso Ángel Caffarena, a quien dedicó la edición, confeccionada con primor y en su viejo y señorial estilo editorial por la Imprenta Montes de Málaga, y, en 2009, "Quince Asaltos", un libro de ensayos cortos escrito en 1982 y prologados por Agustín García Calvo. Colaboró en "La Opinión de Málaga", entre 2003 y 2010, con una columna

semanal de la que una generosa selección ha sido editada, en febrero de 2012, por Bohodón Ediciones.

Dedicatoria

Estos poemas van dedicados a Carmen y a Carmen, respectivamente

Licencia

El contenido de este libro electrónico se acoge a la licencia Creative Commons BY-NC-ND 4.0

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Nacimiento

Para Carmen, que no lo puede leer

Tu corazón es un pájaro

Anidan ya vencejos
en la copa de esa encina
que planté a tu lado
(ya la habrás visto).
En la horquilla entre los tubos
que llevan airea tu corazón dormido...
Su aleteo inquieto
(pienso a veces que tu corazón es un pájaro)
habrá llenado de rumores
los amaneceres grises
de esa cuna tan fría
en que sueñas ahora...
Los olores del soto
que labré en torno tuyo
a comienzos de abril
(tu padre, agricultor-poeta, ¿qué me dices?)

habrán llegado ya
a tu olfato de cervatillo,
para recordar a tu memoria entre visillos
que es primavera
y que has nacido
y que es miércoles y abril
ya para siempre...

Nana

Vamos a dormir,
mi vida,
a la sombra del fresno,
en la orilla del río.
Vamos a dormir, mi niña,
en la cueva del viento.
Vamos a dormir,
vamos a soñar,
vida de tu padre,
vamos a soñar
la sonrisa de tu madre.
Vamos a dormir,
contentos,
vamos a dormir
en la cueva de los vientos...

Sevilla, 1992

Hada, hurí, esfinge

Te podría contar que vuelo
a lomos de una escoba azul
y tal vez lo creerías,
porque te gusta oír que las palabras son
aves del paraíso.

En nada extrañarías
mis quejas sobre las mareas
o mis largos amarres en el puerto
-ya sabes cómo maldigo
al hábil marinero
que trenzó estos nudos-.

Me has visto muchas veces

desde mar abierto, desde tus besos:
por eso sabes que estas palabras
son sólo granos de arena
que el viento
ha traído hasta mis labios.

Tus palabras,
torpes murciélagos,
revoloteaban ciegas, asustadas,
por entre las paredes húmedas
de la noche.
Algunas se prendían
en la oquedad de la grieta
y temblaban mudas.
Cabalgaban otras
a lomos de una araña,
a ras de tierra: inaudibles.
Tú jadeabas exhausta,
incrédula ante la victoria,
tan ominosa,
del silencio.
No recordaba entonces,
cuando bajé de nuevo
al celoso silencio de la bóveda,
el frío de la sima,
la celada belleza
de la estalactita,

la gruta sin oriente.
Tenía olvidada
la quietud
de aquel mundo sin cielo,
tan adentro.

Quería hablarte ahora
de las fauces del lobo,
del niño que tiembla
si la flor de la llama se abre.
También del bosque
y de la noche:
quería hablarte de tus manos.

Tus ojos lo saben
cuando mojan
los restos de tierra dormida
que, adheridas a mi piel,
traigo del sueño.
Tus manos lo saben
cuando sin prisas,
en gesto preciso de saliva y sudor,
me limpias a besos del miedo
y reciennazco.

Amo lo escondido:
la danza que, en silencio,
ejecutas si me crees dormido;
tu piel,
si la niebla se disipa
que te envuelve,
y que lamo
si te creo dormida.
Espío tus ojos
cuando no me ven.
Y oculto en raros microfilmes,
que sólo yo conozco,
tanta información secreta.

Callado,
vivo en tus ojos:
desde ellos
vigilo el silencio de la casa
o miro la luz de oriente
-con esa seriedad que doy
a las cosas importantes-.
Poco a poco,
voy numerando
las estrellas que miramos
y trazo mapas donde calculo
constelaciones y caminos.
Con paciencia,

mientras miras distraída
el viento del sur,
voy poniendo orden
y buscando nombres
para tantas cosas.

De noche,
el zureo de tus besos
en el aire de la alcoba,
la ronda de tus ojos
sobre mi piel dormida,
el rumor de tus pensamientos,
por esos ríos de leche tibia
en que navegan ahora,
velan mi sueño.

Esto
es un secreto a voces:
la otra tarde oí al viejo olivo
murmurar nuestras palabras
como si fueran besos
o viento.

Me doy cuenta:
hoy mismo el castaño inquieto
imitaba la risa tonta

de la granada abierta,
como si fuera fuente
o viento.
No te inquietes
si a tu oído llegan
rumores vagos
sobre besos y palabras,
como si fuera el viento
entre las hojas del limonero:
ha sido el último
en enterarse.

Cuando me ves
buscar por los rincones
y cambiar de sitio las ventanas,
las cortinas, en afán secreto
de nuevos claroscuros
o sutiles corrientes de aire
y andar descalzo
en ritmos silenciosos
que sólo a tu oído llegan,
es que busco,
midiendo en sílabas extrañas,
el poema que no encuentro,
ése
que no habla sólo

del nombre de las cosas.

Aracena, 1993-2007

Primeras palabras

I

En el principio fue

la ciudad de Dios:

una cruz -cardus y decumanus-,

plaza, aljibe, catedral, restallaba

en el centro solar

bajo la canícula sin sombras.

Las sombras habitaban, al Oeste,

la ciudad de la Muerte,

de arquitectura severa

apropiada a la presencia muda,

exangüe y silenciosa

de los antecesores…

Solo mucho después

se fundó la ciudad de los Hombres,

bullanguera y procaz, sin centro

ni luz. A los muertos

los expulsamos extramuros.

Todos estábamos presos

de una agitación sin pausa

que parecía no tener fin,

ni entre las ruinas de la periferia…

El brillo pálido del oropel

de los mercados, los rostros

exhaustos y miradas sin vida

de cartas de Tarot

anunciaban para muchos

la impotencia final de la ciudad

enajenada, la alegría incierta

de una nueva fundación…

II

Así debió ser:

Los lugares aún no tenían nombre

y en el bosque no había caminos,

las ramas de los árboles impedian

o propiciaban el paso

y aunque el musgo y el verdín señalaban el Norte

sin error posible,

no encontrábamos la ruta

para llegar a él.

Sólo los claros daban sentido a nuestro caminar.

III

En el bosque, las palabras

eran indistinguibles

en el griterío común.

La maleza era un coro

y el verbo humano se confundía

con el zumbido de los mosquitos

o los ronquidos del ciervo;

En el sobresalto de las noches,

el grito de nuestras pesadillas

se acompasaba con los ululatos de las

lechuzas.

Los chillidos y gañidos de las águilas

que rompían la quietud del cielo

respondían al canto de los primeros poetas...

Gruñidos, rugidos, barritos, gorgeos

se acordaban con la voz de los hombres

en un concierto irrepetible:

El silencio era solo un sueño

IV

¿Cuál fue la primera palabra:

Hambre, mamá, miedo?

¿O, quizá no una palabra, sino el grito

o el murmullo

de sorpresa ante el trueno o el agua?

¿O más bien eran preguntas

como estas o tal vez otras primordiales:

qué habrá allí,

tras el horizonte, qué velan las nubes?

O, tal vez, en el principio

no fue la palabra, sino el gesto

fatal de alzar la mirada

y erguirnos para echar a andar

para buscar respuestas

antes de hablar y nombrar,

antes de preguntar nada...

Ausencias

En el nombre del padre

Conducido -aún no empujado,
aún no- por la mano amorosa,
firme sobre la espalda
o el hombro, avisando las esquinas,
con liviana presión,
insinuando el giro,
la parada majestuosa
en el centro del salón.

Corazones borrosos

El parque era distinto:
los enamorados ahora
anotaban los números
rojos del amor
en las maderas rojas
de los bancos,
rasgando con furia
sobre las antiguas
flechas borrosas

Rastros

Eran cosas pensadas,
nunca se hablaban.
A veces, como un olor,
las rastreaba
hasta un lugar
desconocido, pero no olvidado,
y allí se perdía el rastro.
Como el perro en el lugar
en que perdió a su acompañante,
daba vueltas,
gruñía,
se quejaba,
latía
en añoranza sin consuelo:
Palabras que eran olores,
que eran ausencia
que eran silencio,
apenas pensamientos...

Belleza es lejanía

La belleza es lejanía:
el cielo alzado, allá lejos,
las estrellas frías,
el rostro amado, borroso
en el recuerdo
o la fotografía,
su hermosa figura
yendo al encuentro,
de amor y guía...
De cerca, de muy cerca,
tras la lente del saber,
surge la inquietud del caos,
inesperados monstruos,
incendios pavorosos
explosiones terribles...
O poros como cráteres

en la lisa piel de la amada:
la oscura cara oculta
de la luna insomne...

Lejanía de lluvias

¡Qué lejanía de lluvia
me impregna la mirada!
A veces, los ojos
no sirven para ver:
imantados al norte
interior, polo de dentro,
insomnes no ven;
miran, en su lugar,
los recuerdos.

Nombre

Y en el remolino,
la hoja temblorosa de tu nombre,
tal ciego murciélago,
dio contra mi frente.

El tiempo que nos lleva...

El tiempo nos lleva
del calor al frío
(morir es tiritar de miedo)
Por eso me acurruco
en las cuencas de tus manos
que no piensan
(el pensamiento es una llama azul
que no calienta)
Cada amanecer es más invierno
y a eso lo llamamos
estar solo, o tiempo
(morir es tiritar de frío)

Liliata rutilantium

Como los lirios,
blancas sombras sin luz,
flores de luna
con nostalgia de rocío,
alba sin alma,
titilaban las lágrimas.

Todo está lleno de dioses

Todo está lleno de ti:
te respiro, mi piel se eriza
cuando me envuelves
en el viento del Oeste.
Te lamo en el salado
sabor de las lágrimas
que rozan mis labios,
en este llanto silencioso
que me arrebata a veces.
Primero serás el viento
 -y lo sabrá mi piel-
Serán después tus manos
-me levantaré y andaré-.
Tus ojos me mirarán más tarde
-el temblor me llevará a tus pupilas-
Por último, quizá, sabré tu nombre.

En el lecho de esta noche

En el lecho de esta noche,
que es un río,
no hay piedras: hay libros,
peces de delirio.
Página a página piso
piedras de papel,
biblioteca sumergida
en que me leo.

Mariposas

Pero la muerte no es
un suceso de la vida.
Por eso las mariposas,
a través de la puerta
entreabierta de la noche,
remontan hacia las luces
azules y arden en las llamas frías:
las del infiernillo de alcohol,
en el incendio helado
de las estrellas fijas
o en la luz celeste del jazmín.

El pan bajo el brazo

También yo
traía mi pan
bajo el brazo al venir al mundo:
hato de versos y palabras
para este hambre inaudita
de historias, razones y sentido.

Anima mundi

Sal de la cueva del lobo,
alma del mundo,
recrécete hacia fuera,
desborda, boza en agua
la noche quieta.
Y no te quedes nada...

Me dan miedo las nubes

"Me dan miedo las nubes"
-me confesabas-
Pero te veía siempre en el balcón,
agarrada, como con miedo
o vértigo,
con los ojos cerrados
imantados al oeste
¿En qué pensabas?
¿Qué temías?

Ojos de niño

Fuiste tú la primera en decir
que miraba como un niño,
a pesar de que ya peinaba canas.
¿Fue tal vez por mi ingenuidad inveterada
a lo largo de los años y los desengaños?
¿Por mi desastrosa manera
de medir el tiempo, perdido siempre
entre el ayer y el hoy? Quizá mis ojos
traslucen el miedo o el afán de las preguntas,
el deseo imposible de jugar a todas horas,
la suicida decisión, que aún mantengo,
de verlo todo color de rosa...

Sueño

Bidones abollados de la Shell
flotan sobre las aguas aceitosas,
bajo las luces desganadas del puerto.
Avanzaba pesado y grasiento
en la vieja barca sin patrón
y me acercaba al embarcadero
en penumbra, una vez más
con la misma carga misteriosa...

Vivo en un sueño

Vivo en un sueño
entre dos ciudades,
de las innumerables
que los hombres erigieron
a través del tiempo,
donde moran:
una donde nací,
donde vivo, la otra.
En una nunca encuentro
las casas que busco:
solo doy con ruinas
o apuntalamientos
y ninguna nueva
construcción de nueva planta
las sustituye y cambia...
Jardines sin recuerdos

les han nacido a la otra,
entre calles y plazas
y fuentes que limpian
la memoria de dolores y tristezas:
¡qué pureza de aire
y silencio y palabras nuevas!

Aracena, 2007-2022

Insolencia

Hay cierta insolencia en el tiempo,
en cómo nos trata, en sus aires de matón,
en la manera indiferente de negar
una y otra vez lo que una vez
tras otra le pedimos: que no corra
de esa forma tan brutal,
negando impasible
nuestro único y persistente
ruego: más demora en arrebatarnos,
siempre a destiempo, tan altanero,
la belleza, la juventud perdida
la alegría tardía...

De tu mano

De tu mano
por el calmoso sendero de los tilos,
por las populosas
avenidas de las ciudades dormidas.

De tu mano,
siempre, pues si no estás
siento tu mano en el viento
o la tormenta,
en la caricia del sol.

Sin tu mano
solo la huella de tu calor,
la soledad de Moisés en el río...

Conjuro

¡Que viene a por Pedro,
que viene a por Juan,
que viene a por ti!

¡Pasa de mí,
pasa de mí!

¡Que no perdona,
que balandrona
de su eficacia!

¡Conmigo pasa,
conmigo pasa!
¡Que viene,
viene por tierra,
llega por mar!

¡Ojú qué guerra,
ojú que guerra!

¡Que nunca falla,
que viene, que llega,
que se la lleva,
que se la lleva,
que nunca pasa!
¡Que está despierta,
que nunca duerme,
que siempre pasa,
que siempre pasa!

¡Ojú qué calva,
ojú qué calva!

¡Le dicen dengue
y perendengue!

¡Ay que me deje,
ay que me deje!

¡Va siempre hambrienta,
siempre está insomne,
nunca está jarta!

¡Conmigo pasa,
conmigo pasa!

Aracena, 2023

Agradecimientos

A las mujeres que me han acompañado, querido y enseñado tanto...

Índice

1. Sobre el autor
2. Dedicatoria
3. Licencia
4. Nacimiento
5. Tu corazón es un pájaro
6. Nana
7. Hada, hurí, esfinge
8. Primeras palabras
9. I
10. II
11. III
12. IV
13. Ausencias
14. En el nombre del padre
15. Corazones borrosos
16. Rastros
17. Belleza es lejanía
18. Lejanía de lluvias
19. Nombre
20. El tiempo que nos lleva...
21. Liliata rutilantium
22. Todo está lleno de dioses
23. En el lecho de esta noche
24. Mariposas
25. El pan bajo el brazo
26. Anima mundi
27. Me dan miedo las nubes
28. Ojos de niño
29. Sueño
30. Vivo en un sueño
31. Insolencia
32. De tu mano
33. Conjuro
34. Agradecimientos